

por cima de la historia; es la idea. Se es nacionalista de la patria como se es hijo de la madre, por una facultad de la vida. Se llega a la afirmación federal y autonomista y se define el derecho de libertad de los pueblos, contra la historia y contra la tiranía, sólo por la libertad y por la idealidad liberal.

Por esta razón el programa federal resume todas las libertades y todas las autonomías, porque no es histórico. Si fuera histórico no podría levantar la personalidad del hombre, del siervo, del trabajador, del oprimido, frente a la soberanía del Estado, limitándola en cuanto a la libertad humana, que se proclama inatacable en sus derechos esenciales. Lo histórico es el feudalismo, la rabsa morta, la renta como derecho del capital ocioso, la soberanía del poder; es, en una palabra, el poder como principio y la fuerza como razón. Lo histórico, aun en Cataluña, son los gremios de menestrales, el derecho de conquista. La Cataluña más gloriosa—¿no es acaso Aragón?—de Jaime el Conquistador, de Pedro el Grande, es una Cataluña con violencia, con conquistas y con sangre, aunque con Cortes propias y soberanos triunfadores.

¿Dónde queda todo esto en el espíritu liberal del federalismo? Lo mismo el orgánico que el pactista—sutilezas sobrevivientes de un tecnicismo que jamás han penetrado en el espíritu del pueblo—el pacto, el pacto russoniano, es su nudo central. Y el pacto es libertad, por que es consentimiento libre.

Sí, tienen razón quienes dicen que el alma federal es inocente. Pero los que eso dicen, ¿con qué derecho creen en el valor humano del sermón de la Montaña?

* * *

Pero don Francisco Pi y Margall no fué un político. Si otras condiciones o defectos no hubiera reunido, le faltó la visión clara del momento y de los hombres. Esto no disminuye el valor ideal cada día en progresión ascendente, de su doctrina y de su visión pasada y futura de nuestra historia. Me atrevo a decir que un éxito anticipado de su ideario no hubiese logrado implantarlo más que provisionalmente, o tal vez por fragmentos.

Ahora, en estos días, su doctrina vuelve a tener el brillo de las corazas bruñidas. Entre tantas violencias y tantas opresiones; entre la dictadura de una clase y los despotismos mejor o peor refrenados de otras, el principio de la voluntad soberana de un hombre, ascendiendo al Municipio, al Estado regional, a la Nación, condensa las nuevas visiones de la Democracia futura. En el programa federal está bien claro el germen de la Liga de las Naciones, otra vez escamoteado de entre las manos de Wilson, también más fuerte en adoc-trinar sus sueños que en percibir las realidades, y

los apetitos de los hombres que el destino situó en su ruta para saltarle el equipaje.

Esta enorme Babel levantada al acabar la guerra sobre tantos montones de muertos ¿a donde llegará? Los hombres de ahora, como dijo el mismo Pi y Margall en una de sus cartas, publicadas como obra póstuma, han de hacer del siglo XX el siglo de la cuestión social, como el XIX fué el siglo del problema político. Y en este aspecto la lucidez de aquel grande hombre trae a estas rabiosas y enconadas luchas el sedante de una fórmula insuperablemente jurídica y humana: la transformación de la autoridad y del poder del Estado por la fuerza de las asociaciones, de las corporaciones creadas por la voluntad soberana de los que forjan la riqueza. Así el Estado va perdiendo su armazón histórico y sus engranajes se van desarticulando poco a poco en piezas que mueven otras máquinas....

¿Qué hombre, mirando la lejanía del mar con los ojos entornados, puede medir la distancia precisa desde la playa hasta la línea borrosa del horizonte teñida con los tonos suaves de un amanecer?

ANTONIO MONTANER.

PI Y MARGALL

Glorióse en vida Pi y Margall de su «consecuencia»; aún en muerte le corresponde, en cierto sentido, este linaje de honor. Tienen su hado las ideas, como los libros. El hado de Pi y Margall es el de persistir en las conciencias con integridad incorruptible. Otras sucumben o se deforman a los embates del tiempo; éstas, no, que ya, de antemano, se han comido al tiempo y tienen el tiempo dentro de ellas.

He aquí el Parlamento español: creo que hay en él un solo diputado que declaradamente se define como federal. He aquí la Prensa española: al lado del éxito de los rotativos monstruosos, tal vez vacíos de pensamiento, una pobre hojilla, mensual cuando hay de qué, una pobre hojilla casi clandestina continúa al venerable «Nuevo Régimen». He aquí la opinión española levantada o deprimida, en agitaciones de neurosis, según curso de las cuatro lunas o salto de cuadrante en la rosa de los vientos, ha podido dejar durante años la rememoración de Pi y Margall en desatención y en olvido.

Sin embargo ¿cómo se llama la «actualidad» española, la honda actualidad española? La honda actualidad española se llama Pi y Margall todavía; como la honda actualidad del mundo—por debajo de todas las modas, por debajo de todas las campañas, por debajo de guerras y paces y tratados y conferencias y crisis y tangos—, se llama precisamente Federación.

EUGENIO D'ORS.